



## **Declaración conjunta sobre la crisis climática y la paz global: Peregrinos de la esperanza por un mundo justo y pacífico**

***Por los Secretarios Generales de Cáritas Internationalis, CIDSE y Pax Christi Internacional –  
antes de la COP30***

Roma, Bruselas

8 Septiembre 2025

Como representantes de redes católicas globales comprometidas con la paz, la justicia y el cuidado de la Creación, unimos nuestras voces antes de la COP30 en Belém, Brasil, para afirmar una verdad sencilla, pero urgente: ***no puede haber paz verdadera sin justicia climática, ni justicia climática sin paz.***

Las crisis entrelazadas del colapso ecológico, la fragmentación del orden global y la pobreza extrema implacable no son problemas aislados; son hilos entrelazados de una amenaza global compartida. No nos enfrentamos simplemente a una crisis de emisiones de gases de efecto invernadero, a una confluencia de conflictos fronterizos o a ciclos regionales de pobreza. Nos enfrentamos a una convergencia de sufrimiento masivo actual y riesgos de daños futuros, perpetuados por un sistema político y económico que corre el riesgo de desmoronarse por completo. La situación actual es consecuencia de la negativa colectiva a pensar en las generaciones futuras (LS 159), la codicia (LS 9), la miopía (LS 32), y su solución requieren una solidaridad nueva y universal (LS 14). Si no actuamos ahora, las crisis interconectadas que enfrenta el planeta seguirán perpetuándose y podrían llevar al mismo a su hora más oscura, a menos que se produzca un cambio de rumbo.

El cambio climático ya está exacerbando los conflictos en todo el mundo, y se prevé que esta peligrosa tendencia se intensifique a medida que las temperaturas globales sigan aumentando. El incremento en la frecuencia y gravedad de los fenómenos extremos, junto con la fluctuante disponibilidad de recursos y la inhabitabilidad de la tierra, provocarán desplazamientos forzados masivos de personas. Esto, a su vez, corre el riesgo de desestabilizar aún más las regiones vulnerables y exacerbar las tensiones existentes. En este contexto, la acción climática no solo es un imperativo ambiental, sino también un componente vital para la consolidación de la paz global.

La confluencia de las crisis provocadas por el cambio climático y la seguridad global no solo están vinculadas, sino que también son fruto de la misma miopía, inmoralidad y lógica errónea. Durante décadas, la búsqueda del beneficio por encima de las personas ha moldeado los sistemas globales, situando el poder en manos de quienes se benefician de la destrucción y la división. Las industrias de combustibles fósiles, armamentística y financiera, impulsadas por enormes afanes de lucro, han ejercido una influencia desproporcionada en la política, distorsionando los procesos democráticos y obstruyendo los esfuerzos por la justicia climática y la resolución pacífica de conflictos. Estas industrias prosperan gracias a la inestabilidad, la desigualdad, la extracción incesante y el favoritismo oligárquico, dejando tras de sí tierras arrasadas, comunidades fragmentadas y un mundo herido.

Hoy, nos enfrentamos a desafíos comunes que derivan de una raíz compartida: un sistema global cada vez más moldeado por intereses políticos cortoplacistas y una concentración de poder. La toma de decisiones está dominada por unas pocas naciones y actores privados, alejados de las comunidades más

afectadas por los conflictos y el cambio climático. La visión fundacional del multilateralismo de posguerra, donde cada país, grande o pequeño, tenía una voz en la construcción de la paz y el progreso, está siendo ignorada. Sin embargo, el verdadero multilateralismo, como la naturaleza misma, depende del equilibrio: así como cada especie desempeña su papel en el ecosistema, cada nación tiene el mismo valor y voz en el orden global. La transición hacia un mundo "multipolar" donde la "ley del más fuerte" prevalece, amenaza no solo la esperanza de un futuro pacífico, sino también nuestra capacidad colectiva para abordar la crisis climática. El multilateralismo exige mucho de las naciones poderosas; sobre todo, la valentía de ceder poder en aras al bien común.

Pero, precisamente porque estas crisis se basan en la misma lógica, pueden superarse mediante valores compartidos. El camino a seguir debe basarse en la solidaridad de los pueblos, el bien común de nuestra casa común y el principio de subsidiariedad, garantizando que las decisiones se tomen lo más cerca posible de quienes más están afectados. Por encima de todo, debemos defender la opción preferencial por los empobrecidos, garantizando que los más vulnerables -aunque empoderados para liderar-, sean los primeros en recibir apoyo. Traducir estos valores en acción significa re-imaginar nuestros sistemas globales, reformar las instituciones financieras internacionales, eliminar los subsidios a los combustibles fósiles y priorizar las soluciones lideradas por la comunidad en las estrategias climáticas y de consolidación de la paz. Significa centrar el conocimiento ancestral indígena y su derecho a vivir en armonía con la tierra, promover la justicia frente a la deuda, reducir los exorbitantes presupuestos militares y garantizar una representación inclusiva en los espacios de toma de decisiones, desde la ONU hasta los consejos locales. El imperativo moral es claro y las herramientas están al alcance. Estos principios atemporales de la Enseñanza Social Católica ofrecen no solo claridad moral, sino también una guía práctica para construir un mundo pacífico y sostenible.

El Papa León XIV nos recuerda que la no violencia, como método y estilo, sienta las bases para afrontar los desafíos de nuestro tiempo. Desde esta perspectiva, la no violencia activa se convierte en una respuesta poderosa a las crisis que enfrentamos. Las comunidades que resisten pacíficamente la deforestación, se oponen a las industrias extractivas e inciden por el desarrollo sostenible, lo hacen mediante medios no violentos: organización, acciones legales y solidaridad internacional. Estos esfuerzos, arraigados en la justicia y el respeto a la dignidad humana, son esenciales para la transformación que perseguimos. Oramos para que nuestros líderes recuerden este espíritu de no violencia en sus deliberaciones, recuerden los horrores de la guerra y vuelvan a intentar situar la búsqueda no violenta de la paz en el centro de sus compromisos diplomáticos, conscientes de que el futuro del planeta depende de ello.

Hoy alzamos nuestras voces para unirnos al Papa León, a otros líderes religiosos y a personas de buena voluntad en un llamado a detener la marcha hacia la guerra, revertir el rumbo, renovar nuestra pasión por la paz y creer de nuevo que un mundo pacífico es posible; un mundo verde es posible; un mundo mejor, es posible.

**Alistair Dutton**  
Caritas Internationalis

**Josianne Gauthier**  
CIDSE

**Martha Ines Romero**  
Pax Christi International